

COLUMNA

# Paisaje de la Isla Tenglo en los años 40-50



Por HÉCTOR CUEVAS MIRANDA

**D**ijimos que la Caleta de Angelmó no tiene su valor sin el Canal de Tenglo y la respectiva Isla del mismo nombre. Es, y era, una isla de la misma configuración alargada. Angosta, que se ensancha en algunas partes y que podría dividirse en varios sectores. Nace casi al frente del término de la costanera, frente a la Estación Naval y termina a lo largo de varios kilómetros frente casi al empezar la llegada a Chiquihue.

Escribía hace algunos años que era un barco casi atracado al puerto cuando en la edad de los milenios pasados venían del austro muchas naves. El primero, Tenglo, se quedó para siempre con su proa mirando al centro, al mar abierto de la bahía, y que su Puntilla era el viejo espolón bélico y buscador. Las otras naves, Maillen, Huar, el archipiélago de Calbuco quedaron como regadas en el enorme palmo de Dios.

## PUNTILLA

En los años 40 y 50 del siglo XX, para ir a la Puntilla de Tenglo -repito, espolón de la alta proa del buque- se debía tomar normalmente un bote en el canal de la Caleta Angelmó, justo en la larga y angosta escala hecha en la piedra y cemento del final del molo portuario. Hoy día para llegar allí mismo se cruza en botes dispuestos para ello, en ese final de la costanera, frente a la dicha Estación Naval cuyo edificio en aquellos años era una bonita construcción de cemento de dos pisos.

En esa puntilla arenosa, terrosa, playa mojada, playa seca y piedras, era igualmente un caserío de pescadores, de casas bajas, algunas separadas unas de otras y, a veces, muy juntas. En el borde externo mirando a la ciudad asomaba una linda arboleda, donde en el verano los bañistas que se calentaban en la arena ascendían a sus sombras buenas. Por allí tenía una pequeña casa quinta don Juan Velásquez, profesor de la Escuela Primaria número 3 de calle Lota (quien vivía en la casona verde que hace pocos días fue desramada, destruida por los trabajos de la carretera para el terminal, frente a



El pontón frente al canal Tenglo. Al fondo se aprecia los astilleros Cóndor, hoy la Puntilla Tenglo, desaparecido en la década del 50 (Foto década del 40).

## Sector Capilla

La otra parte afamada después del recodo eran bellos sitios, uno de los cuales, de una familia Villegas (compañero de colegio y que cuando todo el curso fuimos de paseo a su sitio, desde la lancha y botes que nos llevaba, de repente, vimos un vapor venir hacia nosotros; vimos que bajaban unos botes, y algunos compañeros decían que eran para recogerlos en caso de choque) era el sector de la Capilla de Lourdes donde cada 12 de febrero llegaba la gente, como actualmente, en viaje de solicitud, gratitud hacia la Madre de N.S.J. Bello paisaje, con sus arboledas apuntando al cielo, y unas huellas de un futuro camino vecinal. Era toda paz y silencio. Al otro lado de la isla asomaban también caseríos y playa arenosa y el buen viento sur. Era una fiesta religiosa sin tanto comercio, cerca estaba la quinta García.

Esa parte sur de la isla, en ese tiempo, era de sosiego, soledad, cuyas playas a la altura de la Quinta Hoffmann eran de arena limpia en una extensión amplia.

En la parte izquierda las bellas tierras llegaban hasta las cumbres, con sitios de siembras y hortalizas. Los diversos tonos verdosos ascendían en negruras y el hojear de las arboledas. En la

playa, en marea alta, no se podía pasar por montículos de tierra y piedra; se tenía que trepar por las propiedades verdes.

En la parte derecha de la isla habían otras partes, como pequeños vallecitos, bien trabajados también y cuyos productos eran traídos al puerto en los botes sitiados en la playa. Por allí, de repente, desde la parte alta, surgían las siluetas de las mellizas Silva, niñas delgadas, serias, una trabajadora en un famoso café; y la otra, estudiante del Liceo de Niñas. Ambas desaparecieron un día de Puerto Montt.

Casi al final de la isla tenglina, en su popa del imaginario barco, posteriormente se convirtió en un espléndido sector residencial de honorables familias puertomontinas y de la zona.

Al final, imaginando también al Cabo de Hornos, la mirada se extendía al igual que ahora, por el amplio mar, con sus islas esmeraldas hacia al frente y la izquierda; y a la derecha, el inicio de Chiquihue en cuyo lugar alto, en el verano, se pintaba los trozos anaranjados y rosados del sol, mientras el viento sur salobre se aspiraba con grata fruición.

un costado a la ex escuela N°1).

Las aguas que llegaban a las arenas mojadas o secas eran nítidamente azules, montadas en las olas con sus crestas blancas donde los buenos nadadores les hacían frente. ¡Todo era más limpio y nítido, hasta el mismo aire! Como siempre muchachos y adultos, hombres y mujeres, se iban a excursionar desde la maciza plata-

forma, que ascendía del mar, hasta la arboleda, hacia cuerdas y cuerdas de mar y playa, detrás de esa hermosa puntilla, que miraba abiertamente el mismo mar amplio y la cordillera. Y en ese andar, en su primera parte, se veía como ahora una puntilla cuyos contornos extensos estaban poblados de roquerío; y pasando esa puntilla pronto había una larga

playa arenosa.

En aquella época en la Puntilla de Tenglo habían quintas de recreo, entre ellas la de los señores Meneses y Múñoz; la particularmente familia era la de don Chano Pérez que usaba dos banderolas en un palo a manera de astas: color blanco para indicar que había curanto.

A un costado de la Puntilla misma se levantaba cinco galpones que era de los astilleros Cóndor, perteneciente a la sociedad Maderera del Sur y cuyo gerente fue don Edmundo Lobo Barrientos, y donde se construyeron buenas embarcaciones. Cerca, al otro lado, había un varadero para los vapores de la Ferronave (futura Empresa Marítima del Estado).

Desde el primer promontorio de arena se distinguía una hermosa entrada de mar que con marea alta llegaba por donde hoy día están las dos calles con sus edificaciones, cerca del macizo cerro, y a pocos metros de la playa "al otro lado". Bello lugar tranquilo, idílico de quilas, matorrales y arbustos y donde era parte del habitante de patos silvestres en la tranquilidad de su entorno.

## SECTOR QUINTAS

En verano, en la puntilla arenosa y alrededores, la gente acostumbraba hacer meriendas, como en todas las partes no húmedas del sector.

La playa pedregosa frente al molo, entre arenosa y vertiente, a la altura de la quinta Hoffmann, en el alto en medio de arboleda; y

la Hostería Hoffmann, en la parte semi alta costera, que para llegar a ella se debía pasar por una calera cuyo murallón de cemento siempre estaba blanco. La gente para seguir en su ruta podía hacerlo por la playa pedrusco o irse atravesando la hostería con sus hermosos parques y salir en un pontón junto a una casa de cuidadores.

## PAMPAS PARA MERIENDAS

Desde allí se abría otro horizonte: isla y canal en un hermoso recodo orillando los caseríos. Después de un bosque se llegaba a una loma extensa y limpia donde las familias acudían los domingos en botes, propios o de arriendo, a hacer almuerzos, curantos o especialmente asados. Arbustos humanos decoraban ese lugar rodeado de verde cerrado y compacto.

A pocos metros se distinguía la famosa Sirena que era una chata que entregaba carbón a algunas naves, y que era un lugar de señalización. Cerca de allí el mismo canal, playa e isla iniciaba la vuelta hacia la derecha casi en un ángulo recto. A cuyo comienzo, un agreste caminito ascendía hacia una parte alta, sitios que eran como atalayas o miradores de la belleza reloncaviana, y donde en una de esas casas vivía Juanito Bugueño, el que fue parte integrante de la famosa expedición de Eric de Bishhoff hacia Tahiti.

Trozos de la isla verde que en la planicie alta de la hostería y quinta instaban para el amor romántico, sensual y sexual, bajo el cielo azul.